

El ruidoso sonido proveniente del teléfono llenó la sala e inmediatamente mi rostro se giró hacia el de mi compañero, observándolo con ojos completamente abiertos y temerosos. Aún era nueva en esto y debía encontrar la solución para calmar los desesperados latidos de mi corazón cada vez que aquello sucedía.

Llevaba exactamente un mes siendo agente de policía e investigación y aún así me seguían poniendo a prueba constantemente para demostrar que era lo suficientemente capaz de realizar dicho trabajo. Esa noche me tocaba hacer aquello; responder a los llamados de los que están en peligro y socorrerlos.

—Agente 911, dígame, ¿en qué puedo ayudarle? — pregunté con suavidad tratando de sonar calmada y tranquilizadora.

—Necesito ayuda — un llanto sonó a través de la línea telefónica.

Era una chica.

Su voz estaba teñida de dolor, fría y rasposa; aquello logró que un fuerte escalofrío recorriera mi columna. Se notaba inquieta y con un ápice de conmoción.

—Necesito que esté calmada para que me pueda responder con claridad a algunas preguntas — contesté.

Me giré para volver a mirar a mi compañero en busca de algún gesto que me indicara su aprobación, el cual asintió en respuesta.

—Está bien — tartamudeó con voz débil.

—¿Qué ocurre?

La chica comenzó a tratar de dar algunos datos que nos ayudara comprender su posición en ese momento, aunque no podía hacer nada más que soltar incoherencias. El constante balbuceo no abandonó sus labios.

—E-estoy, estoy aquí y...y, una chica, me refiero...un par de chicos...

—Cálmese, estoy aquí para ayudarla, pero por ahora respire hondo y trate de tranquilizarse.

—Perdón, lo siento.

Otro llanto repleto de dolor pudo ser apreciado claramente, tan doloroso que mi corazón se encogió en su lugar para luego comenzar a palpar con una brutal fuerza.

—Estoy escondida — susurró finalmente.

Respiré profundo. Temía saber por dónde tiraban los hilos.

—Tranquila, todo estará bien, dígame qué ocurre y le ayudaré — traté que mi voz sonara lo más serena y segura posible, intentando no delatar mi nerviosismo.

—Una chica está gritando y creo que le están haciendo daño, creo... están abusando de ella — sollozó fuertemente.

—¿Dónde está? ¿Sabría decirme la calle? — pregunté con suavidad.

—No...— su quebrada voz, llena de confusión. —Solo, solo iba de camino a mi casa y, estoy en esta calle, cerca del centro de la ciudad. No recuerdo como se llamaba, lo siento.

La desesperación que denotaba su vacía voz subía por cada segundo que pasaba.

—¿Podría ponerme en contexto, para saber cómo llegar ahí?

Al principio intentó describirme el lugar, aunque falló y tuvo que retomar la acción varias veces para que su voz dejara de temblar y las palabras dejaran de salir de manera tan torpe de sus labios.

—A un par de minutos del centro, hay una lavandería, la lavandería Gladys, una muy conocida, la que está en una esquina. Me encuentro frente a ella, escondida en un rincón. A unos cuantos de metros de mí está como un tipo de construcción aún no acabada. Ahí dentro la tienen y ella está gritando.

Escribí en mi cuaderno todos los datos que la chica me proporcionó mientras mi compañero y yo nos levantábamos, listos para ir en busca de la supuesta víctima.

—Yo estoy vestida con una camiseta de tirantes amarilla y tengo el cabello castaño — susurró antes de cortar la llamada repentinamente.

Me quedé estática un momento.

¿Qué fue aquello? Ni siquiera me dio tiempo a responderle.

—Vamos — grité moviendo mis brazos energéticamente en dirección al equipo.

Nos repartimos entre dos coches, llevando nuestras respectivas armas con nosotros.

En alrededor de diez minutos llegamos al lugar citado por aquella chica que tanta angustia desbordaba con cada palabra que soltaba.

Aquella noche era aún más escalofriante que las demás. Las calles desoladas, especialmente esa.

Eran las cuatro de la mañana pasadas, un viernes por la noche, en plena primavera.

Bufé con ironía. Odiaba los viernes y odiaba la primavera.

Una desagradable sensación se instaló en la boca de mi estómago al apreciar la lavandería Gladys pasar frente a mis ojos. Revisamos el lugar con detenimiento; ninguna persona cerca del lugar. Ni rastro de la chica.

Decidimos seguir, pensando que, a lo mejor, hubiera abandonado el lugar.

Aparcamos sin mucho cuidado cerca de la lavandería.

A pesar de ser una escena aparentemente normal, se veía realmente terrorífica y macabra, la calle desierta iluminada pobremente por tan solo una vieja farola que parpadeaba vagamente.

Escaneé con mi vista el lugar.

En efecto, tal y como nos había informado, había una construcción no acabada a pocos metros distancia de la lavandería.

Eran un par de paredes grises, solo se adivinaban los ladrillos desgastados de ella.

Fui corriendo hacia allí con todo el equipo tras de mí.

Me planté enfrente de aquella escalofriante escena, parecía un pasillo sin fondo, todo oscuro, no se podía adivinar el final de él y sentía que en cualquier momento me ahogaría por la humedad que desprendía el lugar.

A pesar de todo, ningún sonido proveniente del lugar se podía apreciar. Según la chica habían gritos fuertes, mas nada se escuchaba.

Decidí adentrarme allí en busca de algo.

Sin mirar atrás, con un movimiento de mano les indiqué a mis compañeros mis intenciones, los cuales, al igual que yo, encendieron sus linternas.

A pasos lentos recorrí el angosto lugar.

Ahugué un grito al ver una joven chica tumbada en el suelo, piel tan pálida que fácilmente podría pasar desapercibida en un lugar repleto de nieve.

Su rostro oculto entre sus cabellos desordenados, de los cuales, ciertos mechones estaban llenos de sangre seca.

Miré alrededor. No había nada ni nadie a excepción de ella. El lugar estaba completamente vacío a pesar de que una presencia ajena era fácilmente palpable. A cada respiración que tomaba, más lo sentía.

Las paredes estaban pintadas de manchas color escarlata. Sangre. Mucha sangre.

Eran marcas de manos y dedos, como si alguien hubiera intentando en vano agarrarse de aquellas paredes. Miles de desagradables escenarios alimentaron mi mente.

El cuerpo de la chica, juzgando por las apariencias, una adolescente, descansaba sobre el suelo y, fácilmente, pude adivinar hematomas sobre algunas partes de su lívida piel. Marcas rojizas, algunas violetas, unas más intensas que otras.

Realmente era una escena completamente tétrica.

Me quedé de cuclillas a su lado, y a pesar del terrible aspecto del cuerpo, alcé dos de mis dedos en dirección a su cuello, en busca de cualquier signo que me demostrase que sigue con vida.

Retiré mi mano de ella y soltando un doloroso suspiro fijé mi mirada en el mugroso suelo.

—No tiene pulso— murmuré sintiendo las fuerzas dejar mi cuerpo, aunque traté de alzar la voz lo suficientemente alto para que mis compañeros lo puedan escuchar.

La observé un momento más antes de levantarme y dirigirme a la salida de aquel lugar que tanto malestar provocaba en mi estómago.

Su piel pálida, levemente violácea, lo arrugada que estaba su ropa y su desordenado cabello atestado de seca sangre; su imagen me perseguía y aunque quise animarme a ver su rostro, su cabello lo cubría en su totalidad, impidiéndome satisfacer tal deseo.

A pesar de todo, algo no concordaba totalmente en toda aquella historia.

La llamada había ocurrido no hacía mucho más de media hora, lo cual no encajaba con el aspecto del cadáver.

Era una novata en ello, sí, pero no hacía falta tener una gran inteligencia ni experiencia para saber que a aquel cuerpo la vida lo había abandonado hacía horas.

¿Entonces por cuál razón aquella chica se había atrevido a afirmar escuchar gritos? No lo comprendía y eso me hacía retorcerme de la desesperación.

Levanté mi mirada del suelo cuando sentí la presencia de mi compañero a mi lado.

—Hola Natalie — saludó brevemente con un pesado suspiro sin mirarme.

—¿Alguna novedad? — pregunté refiriéndome al caso.

Quizás debería haberme quedado más tiempo al lado de ellos tratando de averiguar más sobre la situación, pero la debilidad que se apoderó de mis piernas no me lo permitió. Jamás me consideré una persona que carecía de fortaleza, aunque este trabajo me provocaba replanteármelo constantemente.

—No realmente — contestó al fin, tras varios minutos sumergidos en un demoledor silencio —Solo quería recordarte una cosa, la cual pareció pasar desapercibida para ti.

Me giré hacia él al notar el aura de secretismo que nos envolvió de pronto.

—¿Sí? — pregunté en un hilo de voz.

Tragó saliva antes de hablar en un débil susurro.

—La víctima tenía cabello castaño y una camiseta de tirantes amarilla.